IES CAN PEIXAUET
Departamento de Lengua y literatura castellana

El ojo de cristal

CORNELL WOOLRICH

Cuando se hacen cambios, la gracia está en comenzar con poco y terminar con algo que valga la pena. Aquel día salí de casa con una hebilla rota y un trozo de alambre y se los cambié a un chico llamado Miller por una armónica aplastada. Más tarde, canjeé la armónica por una navaja sin cuchilla y, hacia las siete de la tarde, mi capital original se había convertido en una pelota de béisbol a la que sólo le faltaba el forro de cuero, así que me dije a mí mismo que había tenido un día muy bueno. Claro que a esas horas ya debería haber estado en casa, pero eso del canje lleva mucho tiempo y le obliga a uno a patearse de arriba abajo las calles de media ciudad.

Estaba a punto de llegar a un acuerdo en una operación con Scanlon cuando vi que mi padre venía a buscarme. Se encontraba todavía a un par de manzanas, pero caminaba muy deprisa, como siempre que estaba enfadado, y no es nada fácil mantener el buen criterio comercial cuando uno tiene que cerrar un trato a todo correr. Supongo que por eso dejé que ScanIon me convenciera para cambiar mi pelota de béisbol por aquella porquería. Era un viejo ojo de cristal que debía de haber encontrado rebuscando en la basura.

—¡Ni hablar! —dije con decisión—. ¡Ese chisme no vale ni medio centavo!

Pero, como al mirar por encima del hombro vi que el broncas de mi padre apretaba el paso, comprendí que no tenía tiempo de andarme con remilgos.

Scanlon se dio cuenta de que me tenía bien pillado.

—¿Lo quieres o no? —insistió.

—Muy bien, tú ganas —gruñí, y le cambié la pelota por el ojo de cristal.

No tuve tiempo de decir nada más antes del chaparrón. Mi padre me agarró por el pescuezo, me hizo girar en dirección a casa y me obligó a caminar a toda prisa, aunque sólo a la mitad de mi velocidad habitual. En realidad, lo que me fastidiaba no era que me arrastrase cogido del pescuezo, sino que me largara un sermón inaguantable. No sé por qué, pero los padres tienen esa mala costumbre.

—¿Es que no tengo ya bastantes problemas como para tener que salir a buscarte por todo el vecindario cada vez que llego a casa? —decía—. Tu madre se ha pasado horas y horas llamándote por la ventana a grito pelado, pero a ti no hay quien te eche el guante. ¿Es que no sabes la hora que es?

Y todo ese rollo. Tuve que aguantar la monserga unas cinco manzanas, hasta que llegamos a casa, pero por el camino yo tan sólo pensaba en lo idiota que había sido dejándome estafar por Scanlon, así que el sermón de mi padre me entraba por un oído y me salía por el otro.

La verdad es que nunca lo había visto tan enfadado. Por lo menos, no desde el día en que me cargué el escaparate de la tienda de chucherías. La mayoría de las veces, cuando tenía que salir a buscarme, si yo y mis amigos estábamos jugando al béisbol, él se ponía a jugar con nosotros un rato; luego me guiñaba el ojo para que nos fuéramos y, cuando llegábamos a casa, simulaba que me reñía delante de mamá. Ya a solas, solía decirme que él también había tenido doce años, y que se acordaba muy bien de las cosas que le gustaba hacer entonces. Eso demuestra que tenía buena memoria, porque no es fácil acordarse de algo que pasó hace veintitrés años. Sin embargo, aquella noche cogió un buen cabreo y me pegó una bronca impresionante. Pero yo me di cuenta de que en realidad no estaba enfadado por mi culpa, sino por alguna otra cosa.

Al final de la cena, mi madre también lo notó.

—¿Qué te pasa, Frank? —le dijo—. No me digas que no te pasa nada porque no me chupo el dedo.

Sin levantar la cabeza, mi padre trazaba rayas en el mantel con el mango del tenedor.

—Me han degradado —respondió.
Como siempre, me pasé de listo, porque quise meter baza enseguida y eso me impidió seguir escuchando la conversación.
—¿Qué quiere decir "degradado", papá? —pregunté—. ¿Es como cuando te ponen al fondo de la clase en el colegio? ¿Cómo pueden hacerte eso a ti, papá?
Mamá se dio media vuelta y me dijo a voz en grito:
—¡Tú, Frankie, vete al salón a hacer los deberes!
Pero antes de cerrar la puerta, oí que le decía a mi padre con voz preocupada:
—No te habrán puesto de nuevo a dirigir el tráfico, ¿verdad?
—No —respondió mi padre—, pero casi.
Cuando salieron del comedor al cabo de un rato, los dos estaban muy desanimados. Parecía como si me hubiera vuelto invisible, y ni siquiera se dieron cuenta de que tenía escondido un tebeo dentro del libro de geografía.
—Supongo que ahora tendremos que mudarnos de casa —dijo mamá.
—Me parece que sí —respondió mi padre—, porque la diferencia de sueldo es bastante grande.
Al oír aquello, presté atención a lo que decían. No me hacía gracia tener que cambiarme de casa, y menos ahora que acababa de convertirme en el mejor jugador de canicas de aquel barrio.
—Lo que más me duele —comentó papá— es que no hay en mi hoja de servicios nada contra mí. Mi propio jefe ha reconocido que me han tomado como chivo expiatorio. Cada vez que al comisario se le mete en la cabeza que hay que ser más eficientes en el Departamento, alguien tiene que pagar el pato. A eso lo llaman "librarse de un peso muerto". Y todo aquel que no ha resuelto seis casos sin ayuda de nadie es un peso muerto.
—Bueno —dijo mamá—, quizá dentro de un tiempo te repongan en el cargo que tienes ahora.
—No —replicó él—, la única cosa que puede salvarme es un golpe de suerte. Ojalá surgiera de repente un caso que me permitiera lucirme, porque, de lo contrario, en cuanto el comisario firme la orden me echarán del departamento de Homicidios. Y entonces se acabaron todas mis oportunidades:

no me ocuparé más que de detener borrachos y carteristas. Lo que me haría falta es resolver un crimen complicado para dejarlos a todos boquiabiertos.

«Ojalá supiera de alguno para poder decírselo», pensé. Pero ¿qué posibilidades tiene un chico de doce años de enterarse de dónde se ha cometido un asesinato, y del que, además, nadie supiera nada para que mi padre pudiese resolverlo por sí solo? Ni siquiera tenía la más remota idea de cómo comenzar a buscar el cadáver, como no fuera detrás de los carteles de anuncios o en solares desiertos. Pero yo ya sabía que en esos sitios no había ninguno; alguna vez me había encontrado con un gato muerto en algún descampado, pero jamás con un cadáver como Dios manda. Así que me iba a resultar muy difícil ayudar a mi padre.

A la mañana siguiente, aproveché un despiste de mi madre para preguntarle a papá:

—Oye, papá, ¿cómo se sabe cuándo se ha cometido un asesinato?

Él siguió leyendo el periódico sin hacerme mucho caso.

—Pues cuando se descubre un cadáver.

—Pero supongamos —dije yo— que el asesino ha escondido el cadáver en algún lugar que nadie conoce: ¿cómo se sabe entonces que se ha cometido un asesinato?

—Bueno, si alguien desaparece y sus familiares y amigos pasan algún tiempo sin verlo, entonces la policía empieza a investigar.

—Pero, ¿y si nadie se ha dado cuenta de que esa persona ha desaparecido? ¿Cómo se sabe entonces en qué lugar hay que buscar el cadáver?

—Si nadie denuncia una desaparición, la policía no busca el cadáver, a no ser que encuentren alguna pista.

—¡Ah, una pista! ¿Y cómo se sabe que uno tiene una pista?

—Una pista puede ser cualquier cosa, un objeto cualquiera que se encuentre en un lugar que no le corresponde. No sé, Frankie, es muy difícil de explicar. A veces una pista es algo que pertenece a una persona y que la policía encuentra en un lugar adonde no ha ido esa persona; entonces te preguntas cómo habrá llegado aquello hasta allí y por qué no está en el sitio que le corresponde.

Mamá volvió justo en aquel momento, de modo que mi padre dijo:
—Lo que tienes que hacer es quitarte esas cosas de la cabeza y concentrarte en los deberes de la escuela. Las últimas notas que trajiste no eran lo que se dice muy brillantes.
Después, añadió como si hablara consigo mismo:
—Con un fracasado en la familia ya es suficiente.
Caramba, me sentí fatal cuando dijo aquello. Supongo que mamá también lo oyó, porque le puso una mano en el hombro y se lo apretó con fuerza, sin decir nada.

Al día siguiente fui a ver a Scanlon al salir del colegio para preguntarle acerca del ojo de cristal que la tarde anterior le había cambiado por la pelota. Era lo más parecido que tenía a una pista, así que no dejaba de pensar en el ojo.
Lo saqué del bolsillo, lo miré con calma y dije:
—Scanny, ¿crees que alguien lo habrá usado? Quiero decir si realmente lo llevaba en la cara.
—¿Y yo qué sé? Me imagino que el que lo compró se lo pondría. Si no, ¿para qué te piensas que los fabrican?
—Sí, claro, pero entonces, ¿por qué dejó de usarlo y lo tiró a la basura? Digo yo que el ojo de verdad no le habrá vuelto a salir.
—Supongo que se compró uno nuevo y por eso ya no quería el viejo.
—¡Qué va! —exclamé—. Un ojo de cristal es para toda la vida. Cuando tienes uno, ya no necesitas otro, a no ser que se te caiga y se haga pedazos o que se te raje por la mitad. Y ya ves que éste está perfecto. Además, con esto no se ve ni cuando está nuevo; la gente tan sólo se los pone para que los demás no sepan que les falta un ojo. Y, estando como nuevo, ¿para qué querría nadie cambiarlo por otro?
Scanlon se rascó la cabeza sin saber qué responderme y yo seguí pensando en el asunto. Cuantas más vueltas le daba más nervioso me ponía.
—¿Crees que le pasó algo al tipo que lo usaba? —murmuré.
En realidad quería decir si pensaba que podrían haberlo asesinado, pero no lo dije a las claras porque tenía miedo de que Scanny se riera de mí. Además, no tenía sentido que un

asesino le birlase a alguien el ojo de cristal después de haberlo matado para luego arrojarlo a la basura.

Recordé lo que mi padre me había dicho aquella mañana: «Una pista puede ser un objeto cualquiera que se encuentre en un lugar que no le corresponde». Si aquel ojo no era una pista, ¿entonces qué demonios era? Pensé que tal vez podría ayudar a mi padre si descubría un asesinato del que nadie estuviera al tanto y corría a contárselo. Entonces seguro que lo re..., como se dijera.

Pero para averiguar a quién pertenecía el ojo, primero tenía que saber de dónde había salido.

—¿Dónde lo encontraste, Sean?

—En ningún sitio. ¿Quién te ha dicho que lo encontré? Me lo cambió un chaval del mismo modo que yo te lo cambié a ti.

—¿Quién era ese chaval?

—¿Cómo quieres que lo sepa? No lo había visto en mi vida. Sólo sé que vive al otro lado de la fábrica de gas, en el peor barrio de toda la ciudad.

—Pues vamos a buscarlo —dije—, porque quiero preguntarle de dónde sacó el ojo.

—Vamos, si quieres —respondió Scanlon—; te apuesto a que soy capaz de encontrarlo en menos que canta un gallo. Era un renacuajo, y no tenía ni idea de cambiar cosas. Lo desplumé tan rápido como a ti; por eso tuvo que entrar en la tienda de su padre y traerme el ojo, porque ya no le quedaba nada más para cambiar.

Me sentí algo decepcionado. Después de todo, quizá aquel ojo no fuera una pista útil.

—¿Es que su padre vende ojos de cristal?

—¡Qué dices! Su padre se dedica a planchar pantalones.

Aquello me dejó algo más tranquilo; pensé que tal vez iba por buen camino y tenía en las manos una pista de verdad.

Cuando llegamos al otro lado de la fábrica de gas, Scanny dijo:

—Aquí es donde estuvimos cambiando cosas. No sé dónde queda la tienda de su padre, pero no debe de estar lejos, porque el chaval no tardó ni un minuto en ir y volver.

Sean se alejó hasta la esquina, echó una ojeada a la calle siguiente y luego gritó:

—¡Ya lo veo! ¡Está allí!

Luego se metió dos dedos en la boca y lanzó un silbido. A los dos segundos un chaval moreno y bajito dobló la esquina. Nada más ver a Scanlon, se puso a discutir con él.

—Tienes que devolverme lo que te traje de la tienda ayer. Mi padre me pegó una paliza por haberlo cogido de la tabla de planchar. Dice que el cliente puede volver y reclamarlo, ¿y qué le va a decir él entonces?

—¿Sabes de dónde lo sacó tu padre? —pregunté yo con la voz recia que le suponía a mi padre cuando interrogaba a los sospechosos.

—Pues claro que lo sé. Estaba en un traje que le dejaron para que lo limpiase.

—¿En el bolsillo?

—No; lo encontró en la vuelta del pantalón. Estaba muy abierta porque se había descosido.

—¿En la vuelta? —exclamó Scanlon—. ¡Menudo sitio para llevar un ojo de cristal!

—Mira que eres tonto —dije con impaciencia—. El tipo no sabía que estaba allí. Debió de metérsele en la vuelta sin que se diera cuenta. La prueba está en que llevó el traje a planchar sin sacar el ojo.

—¡Eso no puede ser! —dijo Scanlon—. La gente no pierde las cosas en la vuelta de los pantalones.

—Claro que sí —respondí yo—. Una vez a mi padre se le cayó una moneda y no la oyó tintinear en el suelo; la buscó por todas partes y no consiguió encontrarla. Luego, por la noche, cuando se quitó los pantalones, la moneda cayó de la vuelta. Mi padre la había llevado encima durante todo el santo día sin darse cuenta.

El hijo del tintorero me dio la razón:

—Eso pasa muchas veces. Mi padre se ha encontrado de todo en la vuelta de los pantalones, porque algunos ni se enteran de que se les ha colado algo. Eso depende de cómo se quiten los pantalones: hay varias formas de hacerlo, yo lo he visto en la tintorería cuando la gente se los prueba. La mayoría se los quita tirando por la parte de abajo y, como luego los levantan cogiéndolos por el mismo sitio, si hay algo en la vuelta cae

rodando al suelo. Pero a los que se quitan los pantalones dejándolos caer y luego sacan los pies dando un paso, se les puede perder cualquier cosa en la vuelta sin que se enteren.

Tuve que reconocer que el chico no tenía un pelo de tonto, a pesar de que su padre fuese tintorero, y no detective como el mío.

Entonces pensé que la única manera de que una cosa como aquélla pudiese caer en la vuelta de un pantalón sin que el que lo llevaba se diese cuenta era desde poca altura. Podía ser, por ejemplo, que el dueño del ojo estuviese tirado en el suelo junto a los pies del que llevaba el pantalón y el del pantalón se hubiera inclinado sobre el tuerto para golpearle o algo así. Quizá el dueño del ojo había sido asesinado y en tal caso yo podría ayudar a mi padre. Pero primero tenía que averiguar de dónde había salido aquel ojo de cristal, así que le dije al hijo del tintorero:

—¿Crees que ese tipo volverá, el que dejó el traje?

Si en realidad había asesinado a alguien, tal vez no volvería. Pero si no pensaba volver, ¿para qué había dejado el traje en la tintorería? Tenía que regresar, sin duda.

—Sí, mi padre le prometió que se lo tendría listo para esta noche —me contestó el chaval.

Me pregunté si habría manchas de sangre en el traje; pero supuse que no, pues en ese caso el tipo no lo habría llevado a la tintorería. Quizá se trataba de otra clase de asesinato, de uno de ésos en los que no se derrama sangre.

—¿Podemos ir a echarle un vistazo?

El chico volvió a encogerse de hombros.

—Es un traje como todos los otros —dijo—. ¿Es que no has visto nunca un traje?

Yo no supe qué responder; pero el chico no se hizo de rogar:

—De acuerdo, ven conmigo si tienes ganas de verlo.

Doblamos la esquina y entramos en la tintorería de su padre. Era un local bastante pequeño, y se encontraba en el sótano, como la mayoría de las tiendas del barrio. El padre del chico era un hombrecillo no mucho más alto que yo o que Scanlon. Estaba envuelto en una nube de vapor que salía de la plancha que tenía en la mano.

—Aquí está —dijo el chico, y cogió la manga de un traje gris que estaba colgado en un perchero junto con otros dos o tres más. En la manga, tenía un pedacito de papel prendido con un alfiler que decía: «Paulsen — 75 centavos».

—¿No pone la dirección? —pregunté.

—Mi padre sólo la pide cuando hay que ir a entregarlo a domicilio. Si vienen a traerlo y a recogerlo, basta con poner el nombre.

En aquel momento, el tintorero vio que estábamos manoseando el traje y se puso hecho una fiera. Se lanzó sobre nosotros agitando las manos, en una de las cuales todavía llevaba la plancha. No creo que quisiera pegarnos con ella, sino que se había olvidado de dejarla sobre la tabla, pero preferimos soltar el traje por si acaso.

—¡Quitad vuestras manazas de esa ropa limpia! ¿Me habéis oído? ¿Qué habéis venido a hacer aquí? ¡Venga, a la calle, largo de aquí!

Salimos corriendo, y el tintorero nos persiguió hasta la calle. Luego entró de nuevo en su taller, y yo le dije a su hijo, que se llamaba Sammy:

—¿Quieres estas cinco canicas que tengo aquí?

El chico las examinó. No eran tan buenas como otras que yo tenía en casa, pero seguramente eran mejores que las que solían comprarle a él.

—Pues claro que las quiero —contestó—. Pero ¿qué es lo que hay que hacer?

—Es muy sencillo: sólo tienes que avisarnos cuando el cliente que dejó el traje venga a recogerlo. Nosotros estaremos esperando en la esquina.

—¿Para qué queréis verlo? —preguntó.

—Es que el padre de éste es… —comenzó a decir Scanlon, pero yo le pegué un codazo a tiempo y se calló.

—Sólo es un juego que nos hemos inventado —respondí.

Temía que si le decíamos la verdad se lo contara todo a su padre, y que su padre se lo explicase al cliente.

—¡Así que es un juego! —exclamó Sammy con fastidio—. Está bien, os avisaré en cuanto el tipo aparezca.

El chico regresó a la tintorería, y nosotros nos fuimos a esperar a la esquina. Eran más o menos las cuatro y media. Dos horas más tarde ya había oscurecido del todo, y nosotros aún seguíamos allí. Scanlon me repetía a cada momento que estaba harto y que quería irse a casa.

—Pues vete —le dije—, nadie te lo impide; pero yo voy a quedarme hasta que el tipo aparezca, aunque tenga que pasarme aquí la noche entera. Está claro que a un paisano no se le puede pedir que tenga el mismo valor que un agente de la policía.

—Tú no eres un agente de la policía —gruñó Scanlon.

—Pero mi padre sí, y por tanto es casi como si yo también lo fuera.

Lo dejé bien planchado, así que cerró el pico y no volvió a quejarse.

Lo malo era que, más tarde o más temprano, yo tenía que volver a casa para cenar, porque de lo contrario me despellejarían vivo. Y a Scanlon le pasaba lo mismo.

—Escucha —le dije—, te vas a quedar aquí esperando la señal de Sammy. Yo voy a ir a casa y le pediré a mi madre que me sirva la cena enseguida. Luego volveré y te relevaré, y entonces tú podrás irte a tu casa a cenar. Así estaremos seguros de que ese tipo no se nos ha escapado, si es que aparece.

—Pero ¿te van a dejar salir de noche siendo mañana un día de colegio?

—Desde luego que no, pero me escaparé sin que mis padres se den cuenta. Si mientras tanto aparece el tipo ése para recoger el traje, sigúele a donde vaya, y después vuelves aquí para decirme dónde vive.

Salí pitando hacia mi casa y, al llegar, le dije a mi madre que tenía que cenar enseguida.

—¿Se puede saber a qué viene tanta prisa? —me preguntó.

—Es que mañana tenemos un examen de lo más difícil y tengo que estudiar mucho esta noche.

Mi madre me miró con desconfianza y hasta me tocó la frente para ver si tenía fiebre.

—¿De verdad estás preocupado por un examen? —dijo—. Bueno, en cualquier caso, puedes cenar ya. Tu pobre padre ha tenido que ir al quinto pino y no volverá hasta medianoche.

Estaba muerto de impaciencia, así que cené en un abrir y cerrar de ojos, pero, como siempre comía muy aprisa, mi madre no notó nada especial. Luego cogí los libros para disimular y dije:

—Me voy a estudiar a mi cuarto. Allí estaré mucho más tranquilo.

En cuanto llegué a mi habitación, cerré la puerta con llave, abrí la ventana y bajé sin problemas hasta la calle por aquel viejo árbol que crecía junto a la casa. Lo había hecho un montón de veces y ya tenía bastante práctica. Sin pararme un segundo, volví corriendo a donde estaba Sean. —Todavía no ha venido —me dijo. —Está bien —respondí yo—. Ahora te toca a ti. La verdad es que los padres son un engorro cuando uno está trabajando en un caso. Quiero decir que un detective no tendría que volver corriendo a su casa para cenar cuando está embarcado en un asunto importante.

—Regresa en cuanto termines —le advertí a Scanlon—, si es que quieres seguir en el caso.

Pero no volvió. Más tarde supe que sus padres lo habían pescado cuando trataba de escaparse sin que lo vieran.

Estuve esperando y esperando hasta que casi dieron las diez. Empezaba a creer que el tipo del traje no tenía intención de recogerlo aquella noche, pero estaba decidido a mantener la guardia mientras hubiera luz en la tintorería. Sólo hubo un momento en que me pregunté por qué diablos me empeñaría en hacer de detective: fue cuando pasó un poli y me miró de arriba abajo como si le extrañara ver a un chico de mi edad a aquellas horas en la calle. Estuve a punto de caerme muerto de miedo, pero lo único que el poli dijo fue:

—¿Qué te cuentas, chaval? —y siguió su camino.

Mientras seguía en la esquina confiando en que el poli no volviera, Sammy, el hijo del sastre, se me acercó de repente en la oscuridad cuando menos lo esperaba.

—¿Qué demonios te pasa? —me dijo—. ¿Es que no tienes ojos en la cara? ¿No has visto que te estaba haciendo señas con la mano? El tipo acaba de venir a recoger el traje.

En aquel momento vi a un hombre que subía por la escalera de la tintorería con un traje doblado sobre el brazo; al llegar a la acera, se volvió y se alejó calle arriba, en dirección contraria a donde estábamos nosotros.

—Ése es —dijo Sammy—. Ahora dame las canicas que me prometiste.

Las dejé caer en la palma de su mano sin quitarle el ojo de encima al tipo del traje. Incluso de espaldas, parecía una persona con muy malas pulgas.

—¿Le ha dicho algo tu padre del ojo de cristal? —le pregunté a Sammy.

—Él no nos lo ha pedido, así que ¿por qué íbamos a decírselo? En la tintorería de mi padre no sabemos nada sobre lo que no se reclama.

—Entonces me quedo con el ojo.

—Por mí como si te lo comes con patatas.

El tipo ya estaba bastante lejos, así que me puse a seguirlo sin esperar a oír nada más. Confieso que sentí algo de miedo, porque acababa de entrar en escena una persona adulta y el asunto había dejado de ser un mero juego de niños. Me habría gustado que Sean me acompañase; pero en el fondo era mejor que no hubiera regresado, porque al tipo le resultaría más fácil descubrirnos si lo seguíamos dos que si lo seguía uno solo.

El hombre siguió caminando hasta que llegamos a un barrio en el que yo no había estado nunca. Iba muy deprisa y, como tenía las piernas más largas que yo, me costaba seguirle el paso. A veces lo perdía de vista y creía que se me había escapado, pero el traje doblado sobre el brazo siempre me permitía dar de nuevo con él. De no haberlo llevado, casi seguro que el tipo me habría dado esquinazo.

En algunas calles sólo había un farol cada dos manzanas, por lo que estaba todo tan oscuro como el fondo de un pozo. Además, no me gustaba demasiado la gente de aquel barrio. Una vez, pasé junto a una mujer rubia que tenía un cigarrillo pegado al labio y que se paseaba de arriba abajo haciendo girar

su bolso como si fuese el lazo de un vaquero. Algo más adelante, estuve a punto de chocar con un hombrecillo muy curioso que estaba apoyado en un portal y se pasaba la mano por debajo de la nariz como si estuviera resfriado.

Lo que no comprendía era por qué si el tipo vivía tan lejos de la tintorería del padre de Sammy había ido hasta allí a que le limpiasen el traje: seguro que había otras tiendas por el estilo mucho más cerca de su casa. Supuse que lo habría hecho para asegurarse de que el dependiente no supiera quién era ni dónde vivía. Eso quería decir que tenía alguna cosa que ocultar, ¿o no es así?

Al fin, mejoró un tanto la iluminación de las calles, pero para entonces yo ya estaba mareado de tanto dar vueltas, y me dolía el pie izquierdo. De pronto, por el modo en que aminoró el paso y enderezó los hombros, adiviné que el tipo iba a mirar hacia atrás, así que me agaché rápidamente y me oculté detrás de un cubo de basura que había en la acera. Un adulto no se hubiera podido esconder tras él, pero a mí me tapaba por completo.

Conté hasta diez y luego espié por un lado del cubo. Cuando el tipo retomó su camino, me puse en pie y volví a seguirlo. Pensé que si se había detenido a mirar atrás era porque estaba llegando a su casa y quería asegurarse de que nadie le seguía. Sin embargo, me pilló desprevenido cuando de repente se metió en un portal y desapareció. Yo me encontraba casi a una manzana de distancia, y eché a correr con todas mis fuerzas para llegar a tiempo al portal, ya que había varios iguales en el edificio y, desde donde yo estaba, no podía distinguir en cuál de ellos había entrado.

Me quedé sin saberlo, pues, cuando llegué, todas las puertas estaban cerradas, y, aunque aquel tipo hiciera crujir los escalones al subir hacia su casa, yo no podía oír sus pasos desde la calle. Cada buzón tenía una placa con un nombre, pero el portal estaba a oscuras y yo no llevaba cerillas, así que no pude averiguar nada. Por otro lado, si el tipo había cruzado media ciudad para que le limpiasen el traje, seguro que no había dado su nombre verdadero en la tintorería.

De repente, se me ocurrió una buena idea. Claro que no me serviría de nada si el apartamento de aquel hombre daba a la

parte trasera de la casa; pero a lo mejor tenía una habitación que daba a la calle principal y entonces... Crucé a la acera de enfrente y miré hacia la fachada esperando que se encendiera una luz en alguna de las ventanas. Al cabo de unos instantes, una de ellas se iluminó en el último piso, justo en la parte central del edificio. Como no había entrado nadie más, supuse que era allí donde vivía el hombre del traje.

Pero en aquel preciso momento el tipo se acercó a la ventana y se asomó a la calle, y me pilló mirando hacia arriba. Al contrario que las otras veces, entonces no tuve reflejos suficientes como para saltar y desaparecer de su vista. El tipo se quedó mirándome sin moverse, y yo sentí un escalofrío en la espalda, como si estuviese contemplando una serpiente y hubiese quedado petrificado por el terror. Por fin, desvié la vista, bajé la cabeza, hundí las manos en los bolsillos y me alejé silbando y arrastrando los pies, como el que no quiere la cosa.

Luego empecé a caminar cada vez más aprisa, hasta que doblé la esquina y escurrí el bulto. No me atreví a mirar hacia atrás, porque algo me decía que el tipo seguía en la ventana sin quitarme el ojo de encima.

Era ya muy tarde, y me encontraba muy lejos de mi barrio, así que pensé que lo mejor que podía hacer era volver a casa, meterme en la cama y dejar el caso para el día siguiente. Por lo menos había averiguado dónde vivía el tipo del traje: en el n° 305 de la calle Decatur. Podría volver al día siguiente con Scanny y averiguar más cosas.

Cuando llegué a casa, trepé por el árbol y subí a mi cuarto, pero a la mañana siguiente mi madre se las vio y se las deseó para sacarme de la cama a la hora de ir a la escuela.

Scanlon y yo nos encontramos nada más salir de clase, a las tres y un minuto. Dejamos los libros en los armarios de la escuela y reanudamos la investigación sin perder un segundo; ni siquiera nos tomamos la molestia de pasar por casa. Nada más verlo, le conté lo que había descubierto, y después le dije:

—Primero tenemos que averiguar el nombre del tipo del traje y luego investigaremos si en el vecindario vive alguien con un ojo de cristal al que no hayan visto en varios días.

—¿Y a quién se lo vamos a preguntar? —dijo Scanny.
—¿Quién puede estar al tanto de todo lo que le pasa a los vecinos?
—No sé, ¿alguna vieja cotilla?
—Jo, Scanny, te hacía un poco más espabilado —le interrumpí dándole un codazo—. ¡Hay que preguntarle al portero!
—Pero ¿y si no nos lo quiere decir? A muchas personas mayores no les gusta responder a las preguntas de los chicos.
—¡Yo conozco un truco estupendo para tirarles de la lengua! —dije guiñándole un ojo—. ¡Espera y verás!
Cuando llegamos a la calle Decatur, le mostré la ventana a Scanny.
—Es ésa, la del último piso.
Cruzamos la calzada, entramos al portal y comenzamos a buscar el nombre del tipo del traje en los buzones del vestíbulo. Pensé que no sería fácil dar con él, pues costaba distinguir qué nombre correspondía a cada piso, pero me di cuenta de que había uno muy parecido al que aparecía en el cartelito del traje en la tintorería: Petersen.
—Debe de ser ése —le dije a Scanny—. Sólo cambió la primera parte del nombre, para despistar.
—Seguro que sí. Pero ¿ahora qué hacemos?
Pulsé el timbre que decía «Portero».
—Ahora verás cómo se lo saco todo.
El portero era un viejo chiflado.
—¿Qué queréis, chicos? —ladró.
—Traemos un recado para una persona que vive en esta casa —respondí—, pero hemos olvidado su nombre. Tiene un ojo de cristal.
—¡Aquí no vive nadie con un ojo de cristal! —gruñó el viejo.
—A lo mejor nos hemos equivocado de número. ¿Hay alguien en el vecindario que lleve un ojo de cristal?
—¡Nadie! Y ahora largo de aquí, que estoy muy ocupado.
Regresamos a la esquina bastante decepcionados.
—No hemos sacado nada en limpio —admití—. Si no hay nadie que lleve un ojo de cristal en ese edificio ni en todo el vecindario, entonces, ¿de dónde sacó ese chisme el tipo del traje?

Scanlon empezaba a aburrirse.

—¡Bah, esto ya no es nada divertido! —exclamó—. Volvamos al barrio y juguemos a otra cosa.

—Escúchame: esto no es ningún juego —le repliqué con tono severo—. Estoy intentando ayudar a mi padre. Si quieres volver a casa, ya te puedes ir, pero yo pienso seguir con esto hasta que saque algo en claro. Mi padre siempre dice que un buen detective debe tener mucha *preservancia*.

—¿*Preservancia*? ¿Y eso qué es, una clase de mermelada? —preguntó Scanlon.

No llegué a responderle, porque en aquel momento vi algo que me hizo coger a Scanny del brazo y dar un salto para escondernos detrás de la esquina.

—¡Ahí está el tipo! —susurré—. Acaba de salir de la casa.

Nos ocultamos tras una escalinata. Había mucha gente a nuestro alrededor, pero nadie se fijaba en nosotros; supongo que pensaban que estábamos jugando al escondite.

Al cabo de un instante, el tal Petersen llegó a la esquina y, como lo espiaba con atención, pude verle bien la cara. Me sorprendió que no tuviese nada de particular, porque hasta entonces yo había pensado que los asesinos no podían tener la misma cara que el resto de la gente, aunque, como nunca se lo había preguntado a mi padre, tampoco estaba muy seguro de que fuese así. Por lo visto, los asesinos eran como todo el mundo… O tal vez aquel tipo no fuese un asesino después de todo y yo estaba perdiendo el tiempo al dedicarme a perseguirlo en lugar de jugar al béisbol con mis amigos.

Petersen miró a su alrededor durante un buen rato, como para asegurarse de que nadie lo vigilaba. Después, cruzó la calzada y siguió caminando por la acera de enfrente.

—Vamos a seguirle para ver adónde va —dije—. Pero estoy seguro de que anoche me vio desde la ventana y podría recordar mi cara, así que es mejor que le sigas tú y que yo te siga a ti. De ese modo, si se gira, sólo te verá a ti.

Pusimos en práctica el plan y caminamos uno tras otro durante un rato, pero de repente vi que Scanlon me esperaba en una bocacalle.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté furioso—. ¿Por qué has dejado que se escape?
—No le he dejado escapar —me explicó—. Ha entrado ahí a comer algo. Míralo, está sentado detrás de esa cristalera.
El tipo estaba en una cafetería, delante de un vaso. En aquel momento estaba mirando hacia nosotros, por lo que tuvimos que agacharnos para que no nos viera. Tras unos minutos, le dije a Scanny:
—Ya debe de haber terminado.
Y eché otra ojeada. Pero Petersen seguía sentado en el mismo sitio, bebiendo de su vaso.
—No está comiendo —le dije a Scanlon—, sino sólo matando el tiempo.
—¿Y qué es lo que espera?
—A lo mejor quiere que se haga de noche —respondí mirando al cielo: ya casi había oscurecido—. Supongo que tiene que ir a algún sitio y prefiere hacerlo cuando nadie lo vea.
Scanlon restregó los pies en la acera como si empezara a ponerse nervioso.
—Es hora de cenar —dijo—, así que tendré que volver a casa, porque si no me la voy a cargar. Me la tienen jurada, porque mi padre me pilló anoche cuando estaba a punto de salir y el próximo castigo será de los gordos.
—Sí, claro, pero si vuelves a casa, luego no te dejarán salir, como anoche —le reproché con amargura—. ¡Pues sí que me he echado un buen socio!
—No, esta noche te prometo que conseguiré salir. Es jueves, y mi madre se va al cine porque sortean una vajilla que la tiene medio loca.
—Está bien, pero vuelve lo antes posible. Y cuando llegues a tu casa, telefonea a mi madre para decirle que esta noche me quedaré a cenar contigo. Si te pregunta por qué, explícale que tenemos que estudiar mucho, y que preferimos hacerlo juntos porque, si no, no nos aclararemos. Así podré seguir vigilando a ése. No creo que se vaya a pasar ahí la vida entera, y quiero saber adónde tiene intención de ir cuando salga. Si vuelves y no estoy aquí, espérame delante del bar, allí donde dice «El café de Joe».

Scanny se marchó a toda velocidad y me quedé solo. A los dos segundos, el tipo salió del bar, tal y como yo había supuesto, por lo que me alegré de haberme quedado a la espera. Me había escondido en un portal y desde allí vi cómo Petersen daba la vuelta a la esquina.

Había anochecido, y el tipo comenzó a caminar calle arriba en la misma dirección que llevaba antes de entrar en el bar, esto es, alejándose de la casa donde vivía. Dejé que avanzara hasta la mitad de la manzana antes de comenzar a seguirle. Estábamos casi a las afueras de la ciudad, y empezaron a aparecer solares vacíos entre las casas; pronto hubo más solares que edificios y al final ya no había más que grandes explanadas, campos de labranza y algunos árboles aquí y allá. La calle Decatur se había convertido en una carretera, por la que de vez en cuando pasaba zumbando algún coche de camino a la ciudad. Me di cuenta de que, cada vez que pasaba un vehículo, Petersen volvía la cabeza, como si no quisiera que le reconociesen.

Ese fue uno de los motivos que me indujeron a continuar la persecución. Desde el momento en que lo había visto por vez primera, el tipo había actuado de una forma extraña. Se mostraba desconfiado y cauteloso, y no dejaba de mirar a su alrededor como si temiese que alguien hiciera lo que yo estaba haciendo. Me dije que nadie toma tantas precauciones a menos que tenga algo que ocultar.

Yo no podía seguirle por la carretera, ya que no había nadie más y Petersen me habría descubierto enseguida. Por suerte, en la cuneta crecían matorrales y hierbas, así que decidí caminar por entre ellos y seguí la persecución agachándome de vez en cuando para que no se me viera la cabeza. Si había un espacio libre entre dos matorrales, tenía que correr para no quedar expuesto a la vista durante mucho tiempo.

De pronto, Petersen aminoró el paso, como si estuviera llegando a su destino. Miré alrededor, pero no vi nada de interés, salvo una casucha de madera que quedaba a poca distancia de la carretera. Estaba a oscuras y parecía deshabitada. Era como esas casas que aparecen en los cuentos

de miedo, por lo que deseé con todas mis fuerzas que no fuese el lugar al que Petersen se dirigía.

Pero al parecer era allí adónde iba, sólo que prefería dar un rodeo por precaución. Primero, examinó la carretera a derecha y a izquierda hasta convencerse de que nadie rondaba por los alrededores... Eso era al menos lo que él creía. Luego ladeó la cabeza para oír si se acercaba algún coche, y al fin abandonó de un salto la calzada y desapareció en la oscuridad. Sin embargo, yo aún podía distinguir su silueta, porque sabía qué dirección había tomado.

Cuando llegó a la casa destartalada, la rodeó con lentitud y cautela para comprobar que nadie lo esperaba a escondidas para atraparle. Por suerte, también crecían los matorrales en torno de la casa, y pude acercarme a ella discretamente.

Tras convencerse de que no había nadie dentro de la casa —cosa que yo hubiera podido jurarle nada más verla—, Petersen se dispuso a entrar. La casa tenía un porche desvencijado, con el techo medio hundido en su parte central. El tipo se agachó para pasar por debajo de aquel tejadillo sostenido entre dos postes, y ya no pude verle más, pues la casa estaba en una oscuridad completa.

Le oí girar la llave en la cerradura; luego la puerta chirrió al abrirse. Había algo blanco en el suelo del porche, y el tipo lo recogió antes de entrar en la casucha. Observé que dejaba la puerta entreabierta a sus espaldas, como si pensara salir enseguida, por lo que tuve la precaución de no subir al porche ni de acercarme a la casa para espiar lo que estaba haciendo en su interior, ya que las maderas habrían crujido bajo mi peso. En cambio, no pude resistir la tentación de adelantarme un poco más entre los arbustos, para ver mejor la puerta entreabierta. Petersen debía de haber encendido una cerilla, porque del interior surgió una luz muy tenue. Sin embargo, me bastó para ver lo que hacía, pues siempre he tenido buena vista. El tipo estaba recogiendo un par de cartas que el cartero debía de haber echado por debajo de la puerta. Petersen pareció ponerse de muy mal humor al verlas, pues las estrujó entre sus dedos hasta convertirlas en una bola y las arrojó con rabia al

suelo. Ni siquiera las había abierto: se había limitado a mirar los sobres.

Se apagó la cerilla y encendió otra; pero se había alejado de la entrada y ya no podía verle. Cuando la segunda cerilla también se apagó, la puerta se abrió ligeramente y el tipo volvió a salir con el mismo sigilo con que había entrado. Dejó algo en el porche, en el mismo sitio de donde había recogido aquel objeto blanco. Después, cerró la puerta con sumo cuidado, miró en torno para comprobar que no había nadie a la vista y abandonó el porche.

Yo me había alejado bastante de la casa, pero agaché la cabeza hasta quedar hecho un ovillo para que el matorral que me ocultaba me cubriera por completo. Tampoco en aquella ocasión Petersen logró verme; pero no tuve en cuenta que mi mano había quedado fuera del matorral, apoyada en el suelo para ayudarme a mantener el equilibrio.

El tipo me pasó tan cerca que la pernera de su pantalón casi me rozó la mejilla. En aquel preciso instante, un coche se acercó por la carretera, y Petersen retrocedió rápidamente unos pasos para que no lo vieran, y entonces fue cuando me aplastó dos dedos con el tacón de su zapato.

Lo único que pude pensar fue que si chillaba era hombre muerto, pero todavía me pregunto cómo logré reprimir el grito. Era como si un carnicero me hubiese cortado los dedos de un hachazo. Los ojos se me llenaron de lágrimas, y durante un buen rato estuve viendo las estrellas. El tipo no debió de permanecer allí más de medio minuto, pero a mí me pareció una eternidad. Por suerte, el coche iba muy rápido y, en cuanto hubo pasado, Petersen reanudó su camino. Logré quedarme callado y quieto hasta que el tipo llegó a la carretera; pero luego hundí la cara entre los brazos y lloré hasta cansarme, aunque sin hacer ruido. Tras aquel desahogo, los dedos ya no me dolían tanto.

Después me senté para reflexionar sobre el asunto mientras me refrescaba la mano a base de soplidos. El tipo regresaba a la ciudad por la carretera, y me pregunté si valdría la pena seguirlo. Si iba a su casa, no me serviría de nada seguirlo, pues yo ya sabía a la perfección en qué calle estaba. En aquella

casucha, desde luego, no vivía, pues nadie vive en dos sitios al mismo tiempo.

Pero entonces, ¿a qué había ido Petersen allí? ¿Qué andaba buscando? Se había puesto de muy mal humor al revisar aquellas cartas que estrujó y arrojó al suelo. Sin duda no eran lo que esperaba, y comprendió que se había tomado la molestia de desplazarse hasta la casucha para nada. Debía de estar esperando una carta, una carta que aún no había llegado. Decidí quedarme un rato más y hacer algunas averiguaciones sobre aquella vieja casa, si es que eso era posible.

Cuando el ruido de los pasos de Petersen se perdió en la carretera, me puse en pie y me dirigí al porche. Lo que el tipo había dejado junto a la puerta no era más que una botella de leche vacía, de ésas que la gente saca al umbral para que el lechero las cambie por botellas llenas. Sin duda lo que Petersen había recogido al entrar era la misma botella, pero llena de leche. El tipo se la había llevado adentro y la había vaciado. Pero, ¿para qué? No había estado en la casa el tiempo suficiente como para bebérsela: se había limitado a tirar la leche y a dejar la botella vacía en el porche.

Eso demostraba dos cosas. Primero, que el lechero pensaba que en aquella casa vivía alguien, pues de lo contrario no dejaría leche en la puerta; segundo, que Petersen no deseaba que el lechero, el cartero y los otros repartidores supieran que la casa estaba vacía: por eso había vaciado la botella de leche. Entonces el corazón me latió con fuerza y se me puso la carne de gallina, porque pensé: «¡Tal vez Petersen asesinó al propietario de esta casa y nadie lo ha descubierto todavía! ¡Apuesto a que es eso! ¡Apuesto a que el ojo de cristal salió de aquí!».

Sólo me quedaba una duda: ¿por qué el asesino seguía visitando la casa de su víctima? La única respuesta que se me ocurrió fue que esperaba alguna carta que debía de llegar a la casa. Por eso seguía yendo allí todas las noches, para comprobar si la carta había llegado. Y tal vez durante todo aquel tiempo había alguien muerto dentro de la casa…

Yo no dejaba de animarme a mí mismo, diciéndome: «Voy a entrar y comprobaré si hay un cadáver. Puedo entrar

fácilmente, incluso aunque la puerta esté cerrada». Pero durante un buen rato no me moví.

Al fin, me dije a mí mismo: «Tan sólo es una casa, y una casa no puede hacerle nada a nadie. La oscuridad no puede hacerte daño. Y aunque haya un muerto, los muertos no se pueden mover. Ya no eres un niño; tienes doce años y cinco meses y además tu padre necesita ayuda. Si entras ahí dentro, tal vez descubras algo que pueda serle útil».

Así que me decidí a entrar. Tanteé la puerta; pero, como suponía, estaba cerrada con llave, así que di la vuelta alrededor de la casa y lo intenté con todas las ventanas que encontré a mi paso. Estaban más altas que mi cabeza, pero no era difícil encaramarse, ya que muchas de las tablas de la pared se habían salido de su sitio y podía apoyar el pie en ellas para subir. Sin embargo, el esfuerzo no me sirvió de nada, porque todas las ventanas estaban cerradas a cal y canto, e incluso claveteadas por la parte de adentro.

Pensé que tal vez tendría más suerte con alguna ventana del piso de arriba, así que volví al porche y, tras lanzarme un escupitajo en cada mano, trepé por uno de los postes que lo sostenían. Como las ramas de una parra se habían enroscado en él, lo de subir fue pan comido. El poste era muy viejo y se bamboleaba de mala manera, pero yo no pesaba demasiado, de modo que llegué arriba sin ningún percance.

Una vez allí, intenté abrir la primera ventana que encontré. Llevaba mucho tiempo cerrada, y me costó mucho conseguir que cediera; pero al fin la ventana se abrió con un chirrido que me puso la carne de gallina. Entonces tragué saliva y me metí en la casa.

La habitación olía a humedad, y las telarañas se me pegaban a la cara, así que tenía que ir apartándolas constantemente a mi paso. Apenas se veía nada: sólo el gris de las paredes y el negro donde estaba la puerta. Una persona adulta habría llevado cerillas, pero yo tuve que caminar a tientas y valerme de las manos extendidas para saber por dónde iba.

Por fortuna, no choqué con nada, aunque supongo que fue porque las habitaciones de arriba estaban vacías y no había nada con lo que topar; pero las tablas del suelo crujían bajo mis

pies. Estuve a punto de caer por la escalera y de romperme la crisma, porque los peldaños comenzaban antes de lo que había imaginado. Desde aquel momento, todo fue sobre ruedas, ya que tanteaba con la punta del pie cada escalón antes de apoyarme en él. Tardé un siglo en llegar abajo, pero por lo menos llegué entero. Entonces me dirigí hacia la puerta, o hacia donde me parecía que se encontraba la puerta. Me moría de ganas de salir de allí.

No sé qué fue lo que me confundió. Tal vez la escalera por la que había bajado a ciegas daba una vuelta más de lo que yo había creído, o quizá cambié de dirección sin darme cuenta cuando tropecé con unas cajas vacías y caí al suelo. El caso es que seguí avanzando en línea recta, según me parecía, desde el pie de la escalera hasta llegar a la puerta. Estaba convencido de que era la que daba a la calle, así que giré el pomo para salir y la puerta se abrió al instante. Eso tendría que haberme indicado que no era la de entrada, pues yo sabía que Petersen la había cerrado con llave al salir.

Cuando crucé el umbral, noté que el aire era allí más sofocante que en cualquier otro lugar de la casa. Olía a humedad y a tierra removida, y la oscuridad era absoluta, lo que me convenció de que aquella no era la puerta que daba al porche. Pero en vez de retroceder, di un paso más hacia adelante, y entonces me caí. ¡Y qué caída! Fue una de ésas que hacen historia. Rodé por unos escalones de ladrillo que me molieron las costillas y me dejaron el cuerpo tan magullado como si me hubiera pasado la noche peleándome con alguien a brazo partido.

Tuve suerte de aterrizar sobre algo blando, pues de lo contrario me hubiese descalabrado. No era un colchón ni un cojín ni nada que se le pareciera, sino una cosa blanda y rígida al mismo tiempo; ya sé que no me explico muy bien, pero no es fácil contar lo que sentí. Al principio pensé que había caído sobre un saco de serrín, pero estaba muy equivocado.

Iba a exclamar «¡Qué suerte que esto estuviera aquí!» cuando extendí la mano para apoyarme y ponerme de pie, y de repente me quedé helado, porque ¡mi mano tropezó con otra mano, que parecía estar esperando la mía para estrecharla! No era cálida y

blanda como las de la gente normal, sino áspera y rugosa como un guante de cuero puesto a remojar. En seguida comprendí de qué se trataba, porque detrás de la mano había un brazo, y al brazo le seguía un hombro, y al hombro un cuello que terminaba en una cabeza.

Lancé un grito de horror y pegué un salto que estuvo a punto de empotrarme contra el techo. Aterricé lejos del cadáver, y entonces salí corriendo a cuatro patas como si acabara de ver al mismo diablo.

Pero no podía regresar a la escalera sin pisar el cadáver que estaba a sus pies, y eso me retuvo allí durante un par de minutos, hasta que logré calmarme y pude reflexionar de forma más o menos serena. Me hablé a mí mismo a toda prisa, a la misma velocidad que esos charlatanes de feria que venden brebajes curalotodo.

«A éste lo han matado, eso salta a la vista, porque a quien estira la pata como Dios manda lo entierran en el cementerio y no lo dejan en un sótano al pie de una escalera. ¡Fíjate si tenías razón al sospechar que el tal Petersen era un asesino! Pero, oye, en vez de estar muerto de miedo, tendrías que saltar de alegría, porque ahora por fin puedes ayudar a tu padre. Nadie sabe que en esta casa hay un muerto, ni siquiera el lechero y el cartero, así que puedes contárselo a papá para que él se cuelgue todas las medallas».

Aquella idea me animó mucho. Me sequé el sudor de la frente y me apreté el cinturón hasta el cuarto agujero, que era el último, como si eso bastara para armarme de valor. Entonces se me ocurrió una idea para poder echarle un vistazo al muerto y comprobar si de veras lo habían asesinado. Yo no tenía cerillas, pero las personas mayores suelen usarlas, y seguro que aquel hombre llevaba alguna en los bolsillos aunque estuviese fiambre.

Me acerqué al muerto a gatas y, cuando llegué a su lado, apreté los dientes muy fuerte y estiré una mano hacia él. Me temblaba tanto que no lograba dominarla, pero me la sujeté con la otra mano y al fin logré meterla en el bolsillo del cadáver. Sin embargo, no encontré nada, así que tuve que trasladarme al otro lado y probar en el otro bolsillo. Con las puntas de los

dedos toqué tres cerillas de las largas, pero cuando intenté sacar la mano se me quedó atrapada, y estuve a punto de enloquecer de miedo. Al final, sin embargo, conseguí sacarla con la ayuda de la otra mano, y pude alejarme del muerto.

Entonces, rasqué una de las cerillas contra el suelo.

Lo primero que le vi fue la cara. La tenía arrugada y reseca como si lo hubiesen disecado, y con cuatro agujeros en vez de los tres que cabía esperar. Vi que tenía la boca enorme y negra como un pozo y los agujeros de la nariz pequeños, pero debajo del párpado descubrí un hueco que me espantó. ¡Era en aquella cuenca donde había estado el ojo de cristal que yo llevaba en el bolsillo!

Ya no me quedaban dudas sobre cómo lo había perdido aquel pobre hombre. Lo habían estrangulado con un viejo cinturón, atacándole por la espalda. Aún lo llevaba alrededor del cuello, tan apretado y retorcido que lo tendrían que cortar para sacárselo. Como le oprimía tanto, el otro ojo, que era de verdad, estaba tan hinchado que parecía a punto de saltar como un grano de arroz lanzado por una cerbatana. Supuse que eso mismo le había pasado al ojo falso. El hombre lo había perdido mientras lo estrangulaban: se le había caído entre las piernas del asesino, y, al rebotar en el suelo, había ido a parar a la vuelta del pantalón de Petersen. Cuando el asesino hubo terminado su tarea, no se fijó en que al muerto le faltaba un ojo, o bien pensó que habría rodado hacia algún rincón de la casa. Pero en realidad Petersen lo llevaba consigo: lo llevaba en el pantalón que había enviado a la tintorería para eliminar las manchas de polvo o de otra cosa peor.

La cerilla se había consumido hasta que casi me quemó los dedos, así que tuve que apagarla de un soplido. Su luz me había permitido ver todo lo que era posible, pero no me ayudó a averiguar quién era aquel viejo ni por qué el tal Petersen había decidido acabar con su vida, ni qué buscaba el asesino al regresar a aquella casucha. Subí a gatas la escalera de ladrillos pensando que jamás volvería a sentir tanto miedo como al tocar la mano del muerto. Pero estaba equivocado, como veréis.

Llegué sin dificultad a la puerta que daba a la calle. Esta vez no me había confundido; pero, cuando estaba a punto de salir, me

acordé de las cartas que Petersen había tirado al suelo hechas una bola. Pensé que tal vez me revelarían quién era el muerto, pero para encontrarlas tenía que encender una de las dos cerillas que me quedaban. Pensé que podía arriesgarme a hacerlo, ya que la puerta de la calle no tenía cristal y la claridad sólo se filtraría por el resquicio inferior, por lo que era difícil que alguien pudiera verla. Además, Petersen debía de haber llegado ya a la ciudad, de modo que nadie podría descubrirme, a no ser que mantuviese la cerilla encendida durante mucho rato.

Encontré las cartas enseguida, y apagué la cerilla en cuanto las alisé y leí el nombre de la persona a la que iban dirigidas. El muerto se llamaba Thomas Gregory, y aquella carretera aún debía de ser la calle Decatur, a pesar de encontrarse tan lejos de la ciudad, porque en los sobres estaba escrito: Decatur, n° 1017. Las cartas no eran más que publicidad: una le proponía que comprase un coche, y en la otra le ofrecían una colección de libros.

Tras apagar la cerilla, me guardé las cartas debajo del forro de la gorra. Quería enseñárselas a mi padre para que no dudase de mí cuando le contara que había encontrado a una persona asesinada en aquella casa. De lo contrario, pensaría que todo eran imaginaciones mías.

Entonces me di cuenta de que la puerta de entrada no se podía abrir desde dentro. Petersen la había cerrado con la llave de Gregory y se la había llevado. Descubrí otra salida en la parte trasera de la casa, pero aún era peor, porque estaba cerrada con un candado. El tal Gregory debía de haberle tenido mucho miedo a la gente para vivir encerrado de aquella manera, con las ventanas clavadas y aislado del mundo. Así que no me quedaba más remedio que subir de nuevo al piso de arriba, salir por la ventana y deslizarme por uno de los postes de aquel porche destartalado.

Acababa de poner el pie en el primer peldaño de la escalera cuando oí unos pasos que se acercaban a la casa y que subían al porche. Luego, sonó el ruido de algo que se deslizaba bajo la puerta y después el agudo pitido de un silbato. Me quedé sin sangre en el cuerpo, y estuve a punto de salirme del pellejo del salto que pegué. No sé cuál de las tres cosas me asustó más,

aunque debió de ser el ruido sibilante que sonó por debajo de la puerta. La única razón por la que me quedé donde estaba y no corrí escaleras arriba fue que los pasos se alejaron enseguida de la casa.

Me acerqué de puntillas a una de las ventanas que daban al porche y le quité el polvo para poder mirar a través del cristal. Entonces vi a un hombre que se alejaba hacia la carretera, en busca de la bicicleta que había dejado apoyada en un árbol. Era tan sólo un cartero de correspondencia urgente.

Cuando el cartero se perdió de vista, me dirigí de nuevo hacia la puerta y, a pesar de la oscuridad, pude distinguir una cosa blanca que asomaba por el resquicio inferior: era una carta. Me incliné para recogerla formando una pinza con el índice y el pulgar, pero la carta se resistió a moverse: parecía que estuviera atascada bajo la puerta. El cartero no la había empujado hasta dentro del todo, y al principio pensé que tal vez era demasiado gruesa para colarse con facilidad o que quizá se había quedado enganchada en algún saliente del suelo.

Separé los dedos un segundo para cogerla mejor y, mientras la miraba, la carta empezó a deslizarse hacia afuera. Me extrañó mucho, porque el suelo no estaba inclinado; pero, cuando la carta estaba a punto de desaparecer por completo, logré agarrarla de nuevo y le pegué un tirón.

Fue entonces cuando me di cuenta de lo que estaba pasando, así que solté la carta a toda prisa y me quedé inmóvil mientras el corazón me latía al galope. ¡Aunque no había oído ningún ruido, era evidente que había alguien al otro lado de la puerta! No me atreví a tocar de nuevo la carta, pero el mal ya estaba hecho. El tirón que le había dado era una prueba palpable de que me encontraba allí dentro.

Muerto de miedo, me dirigí a la ventana con tanto cuidado como si caminara entre huevos, pensando que tal vez desde allí podría echarle un vistazo al porche. Pero cuando llegué a la ventana ocurrió una de esas cosas que suceden en las películas, aunque aquella vez no me hizo ninguna gracia: ¡mi cara quedó frente a frente con la de otra persona! El tipo intentaba averiguar quién andaba dentro de la casa, lo mismo que yo procuraba saber quién estaba afuera. Nuestras caras quedaron

a unos milímetros una de otra, separadas tan solo por el cristal de la ventana.

Los dos retrocedimos de un salto, pero él volvió a acercarse al cristal. Se había agachado un poco para ver mejor y, al darse cuenta de que mi rostro quedaba a su misma altura, debió de comprender que yo no era más que un niño. Por mi parte, descubrí enseguida que aquel tipo era Petersen: aunque la luz era muy escasa, lo reconocí por la forma del sombrero y sus orejas de soplillo. Debía de haberse esperado por allí cerca y, nada más marcharse el cartero, había vuelto a la casa para recoger la carta.

Los dos nos alejamos a toda prisa de la ventana. Él corrió hacia la puerta, y yo lo oí tantear con la llave en la cerradura. Entonces me lancé hacia la escalera, que era mi única salvación posible, pero por el camino tropecé con una caja de cartón vacía y caí al suelo. Cuando conseguí ponerme en pie, Petersen ya había logrado abrir la puerta de la calle. Pensé que tal vez podría escapar por la ventana de arriba, pero me iba a ser muy difícil llegar hasta la carretera sin que el tipo me alcanzase antes a mí. Mi única esperanza era llegar a los matorrales antes que él y luego ocultarme por entre la maleza, pero no me parecía fácil conseguirlo con aquel asesino pisándome los talones.

Llegué a la ventana del piso superior cuando Petersen empezaba a subir la escalera. No volví la cabeza para verlo, pero creo que se detuvo para encender una cerilla que le permitiera ascender más aprisa. Saqué el cuerpo por la ventana, pero en el alféizar había un clavo que me desgarró los pantalones. Sin embargo, eso no fue lo peor. Lo peor vino después, cuando puse un pie en el tejado del porche: el techo del porche empezó a hundirse y, justo cuando iba a sacar el otro pie por la ventana, se derrumbó debajo de mí. Por fortuna, yo tenía aún las dos manos aferradas al marco de la ventana, y no me fue difícil subir las piernas y poner los pies en el alféizar.

Si bajo la ventana el terreno hubiese quedado despejado, me habría atrevido a saltar desde allí arriba, incluso a pesar de que la altura era bastante grande para un chico de mi tamaño; pero, al romperse, las tablas del porche habían quedado en punta

mirando hacia arriba, y temí que alguna de ellas me atravesara de parte a parte si saltaba.

Petersen estaba de nuevo fuera de la casa, supongo que porque en un primer momento había pensado que toda ella iba a desmoronarse; pero, en cuanto vio que sólo se había hundido el tejado del porche, se dispuso a entrar de nuevo. Antes de cruzar el umbral de la puerta alzó la cabeza, me vio sentado en el antepecho de la ventana y dijo:

—Muy bien, muchacho, ahora sí que te tengo.

Lo dijo con tanta calma, en un tono tan bajo, que me asusté mucho más que si se hubiese puesto a maldecir a troche y moche.

Entró en la casa y subió de nuevo los primeros peldaños de la escalera. Yo recorrí la habitación en busca de una salida, y en un extremo encontré una estrecha chimenea de ladrillos. Me metí en ella de un salto, e intenté trepar por su interior; pero caí al suelo justo cuando Petersen entraba en el cuarto. El tipo corrió hacia la chimenea, se agachó y me buscó a tientas con su brazo. La primera vez no me atrapó, pero al segundo intento se salió con la suya, porque en la chimenea no había nada a lo que yo pudiera aferrarme. Me sacó mientras yo daba patadas y puñetazos a todos lados, pero logró mantenerme a distancia, agarrado en vilo por el cuello, con lo que mis golpes no le alcanzaban por mucho que yo lo intentase.

Petersen esperó a que me cansara de dar puñetazos en el aire, y luego dijo con su voz mortalmente tranquila:

—¿Qué has venido a hacer aquí, renacuajo?

—Sólo estaba jugando —repliqué.

—¿No te parece que éste es un lugar muy extraño para que un chico de tu edad ande jugando a estas horas?

¿De qué me hubiera servido responderle?

—Sé quién eres, mocoso metomentodo —dijo—. Te vi anoche cuando espiabas mi ventana desde la calle. Por lo visto, te gusta cruzarte en mi camino. ¿Se puede saber qué andas buscando?

El tipo me zarandeó de tal modo que pensé que se me iban a saltar los dientes, y luego me preguntó por segunda vez, muy despacio:

—Respóndeme: ¿qué es lo que buscas?

—Nada —tartamudeé.
El zarandeo me había dejado atontado, y la cabeza me pesaba como si fuese de plomo.
—Yo juraría que estás mintiendo, mocoso. Dime, ¿quién es tu padre?
—Frank Case.
—¿Y a qué se dedica?
Comprendí que mi única oportunidad era ocultarle la verdad, pues de lo contrario aquel tipo no me dejaría escapar con vida. Pero no pude evitarlo: me sentía orgulloso de decírselo y no quería que se compadeciera de mí.
—¡Es el mejor detective de toda la ciudad! —exclamé.
—¡Estás listo! —dijo Petersen—. De modo que eres el hijo de un poli. Vaya, vaya. El hijo de un poli es siempre un futuro poli, así que hay que aplastarlo antes de que crezca y sea demasiado tarde. Dime, muchacho, ¿te enseñó tu padre a morir con valentía?
¡Demonios, cómo le odiaba! Mi voz se volvió ronca como la de un borracho de cincuenta años, y grité con furia:
—¡¡Mi padre no tiene que enseñármelo!! ¡¡Lo sé por el solo hecho de ser su hijo!!
El tipo se echó a reír.
—¿Has bajado al sótano, muchacho?
No contesté.
—Muy bien, pues ahora bajaremos juntos.
Odiaba a aquel tipo con todas mis fuerzas, tanto que ni siquiera me acordaba de tener mucho miedo. De todos modos, uno siente temor cuando existe alguna posibilidad de salir bien parado. En cambio, ¿de qué sirve tener miedo cuando la suerte ya está echada?
—Y ya no saldré nunca más de allí, ¿no es eso? —le dije en tono de desafío, mientras el tipo me arrastraba por la escalera a oscuras.
—No, ya no volverás a salir, ¿para qué te voy a engañar?
—Haga lo que quiera —repliqué—. Puede usted matarme como hizo con ese pobre hombre, pero no espere que le tenga miedo. Mi padre y sus amigos van a despellejarle vivo. ¡Es usted un asesino repugnante! ¡Me da asco!

Para entonces, ya habíamos llegado a la planta baja. Pensé que debía hacer algo antes de que me arrastrara hasta el sótano, porque allí no tendría escapatoria, así que volví la cabeza y le clavé los dientes en el brazo, debajo mismo del codo. Apreté con tanta fuerza que pensé que se me iban a quedar allí pegados, y mi mordisco le atravesó la manga, la piel y el músculo. Ni siquiera sentí los golpes que me estaba propinando hasta que de pronto me vi lanzado contra la pared de enfrente y los oídos me zumbaron como moscas.

Le oí gritar:

—¡Asquerosa larva de policía! ¿Así que quieres que sea rápido? ¡Pues toma!

Por un instante distinguí el blanco de su camisa, como si se hubiese abierto la chaqueta para sacar algo. Luego se produjo un fogonazo, y un estampido sonó en la habitación con la fuerza de un trueno.

Nunca antes había oído el disparo de un arma de fuego. Provoca una especie de excitación, o por lo menos eso me produjo a mí. Me di cuenta de que era un blanco fácil, pues la pared contra la que me encontraba era clara y mi silueta se perfilaba a la perfección, así que me agaché y me arrastré por el suelo sin quitarle el ojo de encima a aquel asesino. Sabía que iba a disparar de nuevo y que esta vez no fallaría.

El tipo oyó el ruido que hacía al deslizarme por el suelo. Debió de pensar que estaba herido pero que aún me quedaban fuerzas para moverme.

—Eres duro de pelar, ¿eh, mocoso? —dijo—, ¿Por qué no te quejas? ¿Es que no te duele?

Yo seguí arrastrándome de costado por el suelo, y él sentenció:

—Dos disparos no hacen mucho más ruido que uno, y esta vez no voy a fallar.

Entonces dio un paso adelante y dobló ligeramente una rodilla. El corazón estuvo a punto de reventarme de miedo cuando vi cómo extendía el brazo, cómo levantaba el arma y cómo me apuntaba. Cerré los ojos por instinto, pero al instante recordé que era el hijo de un detective y volví a abrirlos. ¡Yo no iba a cerrar los ojos por ningún asesino!

Una nueva lengua de fuego brilló en la habitación, y el trueno volvió a sonar al tiempo que un montón de astillas saltaban delante de mi cara. Una de ellas se me clavó en el labio y me dolió como si fuera una aguja. Pero ni siquiera eso me hizo callar. Odiaba tanto a aquel hombre que le dije con toda calma, como si ya no fuese un chico a punto de morir sino un adulto seguro de sí mismo:

—¡La verdad es que he visto asesinos con mejor puntería!

No pude continuar. De repente, se oyó el ruido de alguien que avanzaba con esfuerzo por entre los escombros del porche, y la puerta se abrió violentamente. En sus prisas por capturarme, Petersen había olvidado cerrarla con llave. Durante un momento, reinó un completo silencio: yo seguía tendido en el suelo, y el tipo permanecía oculto en las sombras.

Entonces, una voz grave que me era muy familiar exclamó:

—No disparéis, compañeros, puede tener a mi hijo ahí dentro con él.

Distinguí la silueta de mi padre, recortada sobre la claridad de la calle, y me dije que, a menos que yo le indicara donde estaba Petersen, el tipo le mataría. Si no le había disparado ya era para que mi padre no supiera dónde se encontraba. Entonces recordé que aún me quedaba una cerilla en el bolsillo… Pero las cerillas se apagan cuando uno las arroja al aire, así que decidí hacer otra cosa: encogí las piernas y tomé impulso para saltar. Entonces rasqué la cerilla y, mientras me hallaba en el aire, la mantuve con el brazo extendido hacia el lugar en donde se encontraba Petersen. La luz anaranjada del fósforo iluminó al asesino de pies a cabeza.

—¡Justo delante de ti, papá! —grité.

Petersen me apuntó con su pistola para apagar la cerilla y acabar al mismo tiempo con mi vida, pero hay algo tan rápido como una bala y eso es otra bala. Desde la puerta salió un fogonazo, y mi padre le acertó a Petersen en plena sien. La bala llevaba tanta fuerza que el tipo se tambaleó como un borracho que intentara bailar y fue a parar contra la pared antes de desplomarse en el suelo. La cerilla todavía no se había apagado, y me permitió distinguir su cara agonizante.

Seguí inmóvil durante unos segundos, como si fuera la Estatua de la Libertad iluminando al mundo, hasta que los agentes pudieron acercarse a Petersen para asegurarse de que no volvería a disparar.

Uno de los policías vino directo hacia mí sin preocuparse del asesino y, a pesar de la oscuridad, comprendí de inmediato de quién se trataba.

—Frankie, ¿te encuentras bien? —me preguntó.

—Claro que sí, papá —respondí.

Lo más curioso es que era cierto cuando lo dije. Era verdad que no sentía la herida del labio, ni el dolor de los muchos golpes que había recibido en aquella casa, y sentí que podría continuar despierto durante toda la noche. Pero, de repente, cuando mi padre me tomó entre sus brazos, comprendí que no tenía más que doce años y que habría de pasar mucho tiempo antes de que pudiera ser un detective de verdad. Dejé caer la cabeza contra su pecho y creo que me dormí enseguida…

Cuando me desperté, estaba en un coche con mi padre y otros dos policías, y regresábamos al centro de la ciudad. Nada más abrir los ojos comencé a contar todo lo que había sucedido, porque quería que mi padre fuese re… Bueno, ya sabéis lo que quiero decir.

—Papá —dije—, el tipo mató a un viejo llamado Thomas Gregory que está abajo, en el sótano…

—Sí, Frankie, ya lo hemos encontrado.

—Lo asesinó para quedarse con una carta que un cartero echó por debajo de la puerta…

—También la hemos encontrado, Frankie.

Mi padre la sacó del bolsillo y me la mostró. No era nada más que un pedazo de papel azul claro.

—Se trata de un cheque nominativo por doce mil dólares. Es una indemnización que el viejo había recibido de una empresa constructora por daños y perjuicios.

Mi padre me hablaba como si yo fuese un adulto y no un chico de doce años.

—Le cayó una partícula de acero en el ojo cuando pasaba cerca de un edificio en construcción y tuvieron que extirparle el ojo.

Eso pasó hace cinco años. Los trámites del proceso fueron muy lentos, y Gregory cada vez estaba más amargado, hasta el punto de llevar una vida miserable encerrado en esa casucha y sin verse con nadie. La empresa se resistió a pagar hasta el último momento, pero al final el tribunal supremo les obligó a indemnizar a Gregory.

»El día en que el veredicto se dio a conocer, algunos periódicos publicaron una gacetilla sobre el caso, para rellenar espacio a pie de página, como hacen siempre. Petersen debió de leer una de ellas, y creyó erróneamente que el viejo ya había cobrado el dinero, así que fue a su casa con intención de robarle. Supongo que Gregory le dejó pasar, o tal vez el tipo entró por la fuerza. Seguramente torturó al viejo para que le dijese dónde estaba el dinero y, viendo que no lo tenía en la casa, decidió matarlo.

»Se precipitó mucho, pues el cheque no llegó hasta esta noche, como tú bien sabes. Pertersen volvió varias veces a la casa para ver si lo habían enviado. Como había matado a Gregory y el cheque estaba por cobrar, lo único que podía hacer era correr un riesgo desesperado: falsear la firma del viejo y presentarse en el banco para cobrar el dinero con el carné de identidad del muerto, fingiendo ser Thomas Gregory.

»Petersen no era muy listo, porque de lo contrario habría sabido que no tenía ninguna posibilidad de salirse con la suya. Los bancos no pagan cheques por una cantidad como ésa a un cualquiera. Si no conocen al que lo presenta, primero investigan para asegurarse de que todo está en regla. Sin embargo, Petersen estaba empeñado en sacar algo del asesinato y… Pero, ¿cómo demonios te enteraste tú de que…?

Entonces saqué el ojo de cristal y se lo enseñé, y le conté cómo le había seguido la pista. Vi que los agentes se miraban unos a otros y meneaban la cabeza con cierta admiración. Uno de ellos comentó:

—¡No está mal! ¡No está nada mal!

—¿Que no está mal? —le espetó mi padre.

—Pero, y tú, ¿cómo supiste dónde estaba yo? —pregunté.

—Tu madre comprendió enseguida que Scanny estaba mintiendo cuando le dijo que te quedabas a estudiar en su casa, porque con las prisas no os disteis cuenta de que mañana

es el Día de Acción de Gracias y por tanto no hay clase. Tu madre me pidió que fuese a casa de Scanny, y le hice cantar, y luego él me llevó hasta el edificio donde tú habías seguido a Petersen por la mañana. Subí al apartamento, forcé la cerradura y registré todas las habitaciones. Encontré unos recortes de periódico sobre el viejo Gregory que Petersen se había tomado el trabajo de marcar y recortar. El asunto no me gustó, y además tu amigo Scanny ya había dicho algo sobre un ojo de cristal. Por suerte, en las gacetillas figuraba la dirección del viejo (por eso Petersen la conocía) y, cuando vi que eran las once y media y no dabas señales de vida, tomamos un coche y salimos a toda velocidad hacia la casa de la carretera.

Pasamos por la Jefatura de Policía para que mi padre redactara un informe sobre el caso, y allí estuvo hablando con un tipo de pelo blanco que supuse que era su jefe. El hombre me agarró por el hombro derecho, justo la parte que más me dolía después de tantos golpes, pero no dejé que se diera cuenta del daño que me estaba haciendo. Como vi que mi padre no decía nada de su intervención en el asunto, exclamé con todas mis fuerzas:

—¡El caso lo resolvió todo mi padre! ¿Verdad que ahora lo van a «re… colocar»?

Vi que los dos se guiñaban el ojo mutuamente, y luego el hombre de pelo blanco se echó a reír y dijo:

—Creo que te lo puedo prometer.

Después, me miró de nuevo y agregó:

—Estás muy orgulloso de tu padre, ¿verdad?

Yo me enderecé y, alzando la barbilla, respondí:

—Desde luego. ¡Es el mejor detective de toda la ciudad!

FIN